

Recalde: «El nacionalismo no tiene la hegemonía, es una ocupación del poder»

El ensayista publica «Fe de vida», memorias en las que da cuenta de la violenta historia política del País Vasco

El disparo fue en la boca, justamente en la boca. Fue el 14 de septiembre del año 2000, en la puerta de su casa, en Igueldo, San Sebastián. Se le dio por muerto, porque en la lógica del terrorismo a quien se le pega un tiro debe morir sin rechistar: cabría la posibilidad de que de vuelta a la vida contase esa experiencia límite que es tener un pie en el otro lado por la acción demencial de un nacionalista ciego y cruel. José Ramón Recalde, abogado, ex consejero de Educación del Gobierno vasco y veterano luchador antifranquista vivió para contarlo. Ahí está «Fe de vida» (Tusquets), sus memorias.

Manuel Calderón

Madrid- Habla con dificultad, pero se le entiende, incluso habla con mayor claridad: es la verdad de la carne. La verdad de un superviviente. Su mujer, María Teresa Castells, está junto a él, luego, durante la entrevista, se retira. Es la propietaria de la librería Lagun de San Sebastian, tantas veces atacadas por las patrullas proetarras.

-Acaba su libro con un verso de Dante, del «Infierno», donde usted entró el 14 de septiembre del año 2000, «el amor que mueve el sol y a otras estrellas». ¿Cree que es posible el perdón en el País Vasco?

-La respuesta es complicada. Primo Levi decía que toda forma de comprensión se acerca mucho al perdón. Ese es el tema. Lo que ocurre es que en España los violentos aspiran al perdón sin pedir perdón. Yo nunca he odiado a quien me pegó un tiro. Pero me provocó una profundísima indignación moral la actuación de ETA, por ejemplo, cuando esos canallas que mantuvieron casi dos años encerrados a Ortega Lara y que pensaban abandonarle para que muriera de espanto y hambre... se reían en el juicio.

-Sus memorias transcurren en la violencia.

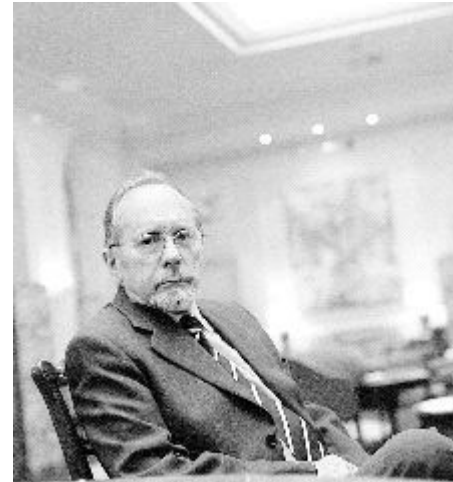
-Si para Hobsbawm el siglo XX acaba con la caída del comunismo, para mí es el día que me pegan un tiro, que es cuando también, días después, vuelvo a la vida. Estas memorias son las de un superviviente, pero también un homenaje a los que no han sobrevivido, a amigos como Enrique Casas, Tomás y Valiente, y a los del último año, el 2000, que fue terrible, no porque fuera el que más muertos tuvo, sino por la renuncia a la tregua por parte de ETA después del Pacto de Lizarra, y no por esta escenificación, sino por el pacto entre ETA y el PNV. Muere entonces Fernando Buesa, Jaúregui, López de la Calle y, después de mi «resurrección», Ernest Lluch. Estos eran mis amigos.

-Define a Ibarretxe como un «fanático», y así explica su ceguera para no retirar un plan que excluiría a la mitad de los ciudadanos vascos. ¿Cree que la solución al terrorismo de ETA comporta también un cambio en el PNV?

-El PNV tiene una batalla muy importante que librar, porque no se puede esperar que la gane ETA en el campo nacionalista. Pero en el caso de Ibarretxe, hay una imposibilidad de moverse, es un fanático total. Así como de Arzallus se puede decir que es un cínico y de Ardanza que es una persona más simple que confunde los intereses de Euskadi con los del partido, Ibarretxe es un fanático. Presenta su plan y se queda absolutamente extrañado de que los demás no quieran entrar: repite siempre lo mismo como si no oyese a nadie oponerse.

-Dice en un momento del libro refiriéndose a la legitimidad que ETA tuvo por parte de la izquierda: «Sostuvimos demasiado poco nuestra crítica en principios democráticos y nos aferramos demasiado a juicios de oportunidad».

-Siempre podría haber tenido otra legitimidad, la de los abogados que les defendían en los juicios, y más en un régimen como el de Franco, o que la gente se movilizara para que no



Jos é Ramón Recalde fue víctima de un grave atentado de ETA en septiembre de 2000

les mataran. Pero yo creo que se entró demasiado en el juego y en el diálogo político cuando ETA no tenía crédito.

-El PNV está más de veinte años en el poder y aún así rechaza el estatuto. Eso es deslealtad, ¿no?

- Algo más. Porque el nacionalismo no tiene la hegemonía sino que se trata de una ocupación del poder. Hegemonía cultural, quiero decir. La renovación de los estudios históricos en el País Vasco, la renovación de la literatura, del arte, de la música... no viene del nacionalismo, o por lo menos del PNV, como no fueron nacionalistas Eduardo Chillida, Koldo Mitxelena, que era partidario del voto a la Constitución, Julio Caro, Blas de Otero, Celaya. Es solamente esa pequeña intelectualidad que quiere vivir arropada por el poder.

[Volver](#) [Subir](#)